

inocencia. O dicho de otro modo: además del fervor a sus clásicos testarudos, y además de su ejemplar gratitud al prodigio que es el idioma, José Hierro nos entrega en sus páginas (en su estilo a la vez pudoroso y exacto, en su tono de voz a la vez mágico y cercano) la historia de su corazón, el candor de su infancia y el coraje de su conciencia. Pues bien: cuando conocí a José Hierro yo estaba comenzando a escuchar el sonido de mi propia conciencia. Yo estaba recién llegado de mi pueblo y tenía veinte años. Madrid era entonces para mí una novia, la busca de un trabajo y el regalo a la vez inmerecido y merecido de unos cuantos maestros. Uno de ellos era José Hierro. Hierro había publicado cuatro libros bellísimos y un largo poema, *Estatuas yacentes*, cuyo tema es la muerte (el hecho de la muerte acogiendo la pesadilla de la angustia de inmortalidad de los pobres y magníficos mortales): uno de los poemas más raramente claros y suavemente misteriosos de la historia de la poesía española. Poco después apareció su libro *Cuanto sé de mí* («Tuve amor y tengo honor./Esto es cuanto sé de mí»: son dos versos de Calderón que resumen, casi violentamente, lo que ha de ser la vida de un artista). Después, en el año 1964, Hierro publicaría su *Libro de las alucinaciones*. Más tarde, sólo poemas dispersos [que acaba de incluir en su reciente *Agenda*]. Toda su obra ocupa un volumen que no llega a seiscientas páginas. Algunas de ellas son —junto con otras páginas de Blas de Otero— las más grandes y dignas de toda la poesía social escrita en la España de posguerra. Otras muchas, son las sorpresas —conmoveras al mismo tiempo que brillantes— de un raro orfebre de la intimidad. Otras, son arquitecturas verbales que alcanzan la extraordinaria precisión de la música, el más hondo, secreto y elocuente de todos los lenguajes. Hace ya más de treinta años que visito esta noria incesante de secreto, de belleza, de inocencia, de dignidad, de música y de desprendimiento. Tengo casi veinte años más de los que tenía Hierro cuando lo conocí: y continúo sintiendo igual deslumbramiento, la misma gratitud. Y algo más: alegría. Leer poesía dolorosa y sentir alegría: en esa extraña alquimia habita lo secreto, esa es la prueba de que en el verdadero poema deambula, con inocencia, pesadumbre y rigor, lo sagrado. La poesía de José Hierro hace ya muchos años que me ayuda a vivir. Leo sus poemas para agradecerse. Y cuanto más los leo, mi deuda es más lujosa. Mi vida, más solemne. Cuando digo, con sencillez, «es un maestro» sé muy bien que su pudor se escandaliza, pero cómo voy a decirlo si no quiero mentir. Es eso lo que pienso, y aun contrariando a su modestia, es preciso decirlo: desde hace años viene siendo maestro de dos generaciones de poetas, pero de esa manera sigilosa en que suceden las verdaderas influencias literarias. Hay escritores que se ponen de moda y que originan una influencia instantánea y perecedera. Hay poetas de grandeza pudorosa, de genio casi clandestino (así fue Machado algún día, antes de desbordar las orillas del río de los bebedores de poesía) cuya influencia se deposita en sus lectores de manera callada, hasta que advertimos que su lenguaje ha quedado inexorablemente incorporado a la palpitación del genio del idioma, del genio junto del idioma de todos. José Hierro pertenece a esa estirpe de creadores que no sólo cantan su época, sino que abren algunos surcos

nuevos al gran barbecho del lenguaje. Para decirlo con mayor precisión: agrandan el misterio del lenguaje poético. A veces, ese misterio crece tanto que alcanza a ser maravilloso: nos damos cuenta entonces, con estupor, de que en el habla hay algo sagrado que reotorga a los seres humanos el prodigio de la inocencia. Y esto sucede en las palabras, a la vez laboriosas y súbitas, del poeta José Hierro. Sus palabras castellanas, de una engañosa sencillez, han alcanzado la majestad de lo enigmático: ese lugar suspenso del lenguaje poético y la conciencia humana en donde el tiempo se transforma en lenta eternidad, y en donde a la belleza se le ven las arterias, la sensualidad y el dolor. La auténtica belleza tiene memoria de la pesadumbre: muchas páginas de Hierro atestiguan ese memorable secreto. En su poesía, el dolor nos sobresalta nuestra recóndita y, añadiría, dolorida alegría; en su poesía, a la belleza le escuchamos el escozor. Es algo parecido a ver sonreír a un mendigo hasta que se le llenan los carrillos de lágrimas.

★

¿Quién es ese mendigo? Sonríe ensimismado y charla con sus propias lágrimas. ¿Quién es ese mendigo? En cada gran poeta el mendigo es el mismo y es distinto. Es el mismo porque el destino es finalmente igual para todos los nacidos de madre; porque todos, sin excepción, lo primero que hacemos al nacer, es llorar; es llorando como todos comenzamos la vida (José Hierro: «¿Quién es sin su dolor?»), y el mendigo es distinto porque todo verdadero poeta sabe que, junto a una pequeña porción del infortunio general, él sólo tiene su única pobreza. El mendigo es el mismo porque el idioma no es de nadie, sino de todos juntos, y es distinto porque cada poeta vive su noche a solas con todas las palabras. ¿Quién es sin su dolor? Desde Antonio Machado, el opulento pobre de pedir lleva un ilustre nombre: el Tiempo. Desde hace muchos años los críticos más alertas de Hierro han señalado cómo es el tiempo lo esencial en esta poética. El tiempo en que nos vamos alejando y el tiempo en que vivimos. Dentro del tiempo abrimos los libros de Hierro y vemos una cárcel desde la que debiera verse el mar («El tiempo aquí no tiene sentido»: pero es el tiempo lo que llena la cárcel). Ojeamos esas páginas: «Ya no hay caminos. Ya no hay/ caminos. Ya no hay caminos». Vemos de pronto una «Variación melancólica»: «¿...y yo he de andar con sombras en la frente,/ morir, pasar irremisiblemente...». Y entre tanto el mendigo sigue viviendo «Así, incansablemente,/ hila que te hila». Continuamos leyendo y el poeta nos ofrece los viejos ojos de su madre: «...me dio el hilo/ y la aguja diciéndome:/ Enhébramela, hijo;/ veo poco». Súbitamente, el mendigo se llama Gutierre de Monroy y se llama doña Constanza de Anaya: son de mármol y yacen desde hace siglos, en la penumbra lenta de una catedral de Salamanca: están juntos y solos y son de mármol. Algo más adelante, el poeta va inútilmente «recorriendo senderos/ entre mármoles»: va buscando a su padre,-enterrado («Te abrazaría, créeme./ Te daría calor»): «Cuando vivías —dice la palabra poética, dice el mendigo—

eras un extraño. Aquel día, entre mármoles, fui buscándote, tratando de comprenderte. Sólo esta noche, de modo inesperado, al fin he comprendido. Tarde, para mi daño». ¿Qué noche, qué daño, qué tiempo? Otra noche, unas muchachas bailan el mambo más triste de toda la poesía moderna. Otra noche, igual que en una página de Vallejo, un cadáver muere sin fin. El de Vallejo fue combatiente en la guerra civil y desconocemos su nombre; el de Hierro fue víctima de la posguerra, encarcelado por la emigración, murió —sigue muriendo— en Nueva Jersey un sábado once de mayo y se llamó Manuel del Río; a través del poeta José Hierro la palabra poética pide limosna para comprarle flores al español Manuel del Río, «un español como millones de españoles»: no podrá haber limosna para todos, millones de mendigos inuertos no tendrán flores de España en su tumba. ¿Y cómo levantar a todo esto un obelisco de lamentaciones? Con las palabras, las palabras de todos, las «criaturas de la sombra» que tantas veces en Hierro muestran su dolor pudoroso de manera resplandeciente: tanto que en ocasiones casi huelen como huele la música: a creación pura y a epitafio puro. Dicho de paso: el poema de José Hierro en homenaje a Haendel quizá sea el más grande madrigal a la música de cuantos se han escrito en lengua castellana. Dicho también de paso: en la historia de la imaginación poética, unida a la historia del surrealismo, quizá no exista un poema más hermoso que el «Nocturno» de José Hierro: nada en él se nos cuenta, nadie es protagonista, las imágenes deshilvanadas se hilvanan de forma clandestina, dentro de un código de pudorosa y absoluta originalidad: al concluir («Y no volverá más»), el lector no sabe por qué ni cómo ha enriquecido: no conozco un poema más universal —más semejante al lenguaje de la música— que este misterioso nocturno; tal vez lo haya, pero no lo conozco; puede, sencillamente, que no exista ninguno. Avanzamos un poco más: «Los andaluces» tiritan de frío —y de resignación—: este poema, junto a unos cuantos más de José Hierro, y algunos otros del poeta Blas de Otero, han dado a la época de la poesía social una exactitud lírica y una dignidad moral que sirve para que a cuantos ahora posmodernamente digan que aquella etapa no debiera ser respetada se les caiga la cara de vergüenza. Avanzamos de nuevo: Machado nos conmovió con moscas, Vallejo nos conmovió con piedras: Hierro nos conmueve con un cuadernito de papel y cartón al que llamamos pasaporte. En seguida, una «Historia para muchachos» nos cuenta con una furia desolada algunas palabras biográficas de Hierro en las que adivinamos el honor entreverado con la angustia y con la pobreza. ¿Quién es ese mendigo? En la fastuosidad de sus andrajos hay una belleza prácticamente insoportable y una innumerable piedad: el viejo Brahms vieja para visitar la tumba de su amor, la esposa de Schumann, y en el tren se queda dormido, se pasa de estación, se queda infinitamente solo, infinitamente mendigo. Ahí muy cerca, al otro lado del tabique, Lope de Vega cuida con un amor formidable y encanecido a Marta de Nevaes, su último amor; Marta está ciega, es vieja, Lope es viejo, todos caemos en la vejez, el mundo lleva siglos y siglos envejeciendo, hay que tener piedad del mundo, hay que darle limosna. La poesía de

José Hierro es una de las más espléndidas limosnas que han recibido el mundo infortunado de los seres humanos y el mundo maravilloso del lenguaje español.

## Nocturno

¿Para qué sirve la poesía? La pregunta ha sido formulada muchas veces, en ocasiones con apasionamiento, en ocasiones con curiosidad y en ocasiones con desdén. ¿Para qué sirve la poesía? La pregunta ha sido respondida a menudo, en ocasiones con arrogancia, a veces con prudencia, alguna que otra vez con amor. ¿Para qué sirve la poesía? Exageradamente respondieron: para cambiar el mundo. Con más sosiego se dijo que es una forma de comunicación. Con mayor atención a la antropología del lenguaje, se propuso que la poesía es una forma de conocimiento. Las respuestas no terminan aquí. ¿Para qué sirve la poesía? Con humildad, y quizá con cierto impudor, se ha respondido: la poesía le sirve al poeta como instantánea autoterapia: a veces, si no puede diseminar el dolor, la tristeza o el miedo en una página, el dolor, la tristeza o el miedo podrían congelarle al poeta su corazón o su conciencia. Otra respuesta tiene en cuenta al lector: la poesía es una forma del consuelo: en la palabra poética, un lector malherido (todos estamos malheridos: todos estamos destinados a envejecer, morir y ser finalmente olvidados) puede encontrar un poco de consuelo, el suficiente para seguir subiendo, un tramo más, la cuesta de la vida. Como se ve, resulta muy difícil suponer que la poesía sea un acontecimiento inútil. Alguien ha ido más lejos: se dijo que un buen verso es una calidad súbita del mundo. Con distinta ambición, alguien ha dicho que la poesía es radicalmente útil porque, mediante ella, tenemos la oportunidad de rescatar y disfrutar nuestra inocencia, y tal vez nuestra santidad. Momentáneamente, retiro de esta página a la palabra *santidad*: José Hierro leerá esta página y no quisiera descargar sobre su casi fanática modestia un golpe demasiado violento. Pero sí quiero que tengamos en cuenta la palabra *inocencia*: es la palabra que nombra algo nuestro sagrado que ya perdimos para siempre. Ahora, sólo de forma ocasional (en algún momento de la ceremonia amorosa, en una música, en unas lágrimas, en un poema) podemos olvidarnos de todo, bajar la guardia y volver a ser inocentes. ¿Para qué sirve la poesía? Para, por un instante, recuperar nuestra inocencia, que es algo parecido a decir: regresar a la infancia, volver a la inmortalidad leyendo un poema de José Hierro. Un poema que se llama «Nocturno»<sup>1</sup>.

Ya sabéis que a la poesía de Hierro solemos separarla en dos familias: los «reportajes», las «alucinaciones». «Nocturno» es una de esas alucinaciones, tal vez la más genial de todas cuantas ha escrito en medio siglo. Lamento no poder retirar de esta página la palabra *genial*. Cuando Hierro la lea, su humildad, su pudor, le harán daño. Pero tengo que retenerla con testaruda suavidad: «Nocturno» me parece una página genial. Ignoro qué es un genio, pero creo que en mi olfato hay un espacio destinado a oler a la genialidad cuando ella se aproxima. Para tranquilidad de José Hierro,

<sup>1</sup> Véase el poema «Nocturno» en págs. 71 y 72 de este mismo núm. de Cuadernos Hispanoamericanos.